

# REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

## DE LITERATURA Y ARTES.

EXÁMEN FILOSÓFICO,

### DEL TEATRO ESPAÑOL.

Relacion del mismo con las costumbres y la nacionalidad  
de España.

#### VII.

La caballería cuyos rasgos distintivos eran el mas delicado respeto hacia la muger, y el principio de honor y de lealtad feudal, no podia venir de la civilizacion oriental y mahometana, que desconocia y aun estaba en contradiccion con tan sublimes y generosos sentimientos. ¿Pero cuál no deberia ser su fuerza y energía en España, cuando vemos en la sociedad árabe las justas, duelos, torneos y juegos de caña celebrados con la mayor magnificencia; cuando observamos la frecuencia de las músicas, desafios y desagradables competencias para lograr el amor de las damas principales, y elevada la dignidad de la muger hasta el punto de presidir los torneos, donde el premio del mejor y mas esforzado caballero era muchas veces ganar el retrato de las damas de sus contrarios? ¿Es de estrañar, que tan poéticos romances y libros tan maravillosos de caballería se escribiesen y leyesen en España con el mas ardiente entusiasmo, cuando sus historias referian, que acusada injustamente de adulterio por los Zegries la reina de Granada, esposa del rey Chico, y aflijida profundamente por tan deshonorosa calumnia, escribió al ilustre don Juan Chacon, eligiéndole por su caballero; y que este, don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar, y don Diego Fernandez de Córdoba, disfrazados de turcos y superando los mayores obstáculos, se presentaron en el

palenque de Granada, vencieron á los cuatro Zegries acusadores, y dejaron triunfante con admiracion de todos el honor y la virtud de su protegida? Aventuras tan poéticas, costumbres tan caballerescas, y la lucha terrible de ocho siglos, habian dado al carácter español un temple tan esforzado y altivo, que nada era en este tiempo (siglo XV) imposible á la audacia de su genio. Asi el nuevo mundo y la Europa vieron repetirse por espacio de 100 años las mas señaladas hazañas consumadas por el valor español; y no fué poco feliz Fernando el Católico en abrir un nuevo y mas estenso teatro á la exuberancia de vida, de energía y de poder, que habia en el corazon de los españoles luego que en 1492 ondeó el estandarte cristiano sobre las torres de la Alambra. Empero nacidas y arraigadas las costumbres caballerescas, en medio de la anarquía de los tiempos feudales; escitada por el sentimiento de honor, la dignidad y el noble orgullo del hombre hasta un punto perjudicial al órden de la sociedad y á la paz de las familias, la sagacidad de Fernando el V aprovechó el valor español para sus conquistas; pero miró con desden y aun con temor las justas y los torneos, y reprimió con leyes violentas los duelos de la nobleza. Sus pragmáticas fueron sin embargo inútiles, porque las costumbres caballerescas se habian tan fuertemente adherido á nuestro carácter, que de la nobleza descendieron á la clase media y al pueblo, y la imaginacion naturalmente poética de este no encontraba el solaz y la diversion sino en los dramas religiosos, en la lectura de romances y libros maravillosos, y en el cuento de prodigios y singulares proezas. Una nacion, templada en estos sentimientos, debia amar y realizar las mas atrevidas hazañas, y tener despues de los combates y de la gloria una literatura original y sublime, fiel influjo de su historia, de sus ruecos y de la vida de su corazon. Mas durante el reinado de Fernando el V, su carácter y



miras personales, y la actividad política y guerrera de la corte, influyeron de un modo desfavorable en la continuacion de los duelos y torneos, y aun en el desarrollo y perfeccion del drama moderno. Bien es verdad, que el señor Martínez de la Roca, siguiendo á Pellicer en su *historia del histrionismo*, á Rodrigo Mendez Silva en su *catálogo Real de España*, y á Rojas en su *viaje entretenido*, ha dado el título de primeras composiciones dramáticas en su *apéndice á la comedia*, á las églogas de Juan de la Encina, representadas en 1492 ante los duques de Alba; pero estas no ofrecen adelanto alguno en el arte, pues que no son sino la reproduccion de los misterios y pasos religiosos representados desde el siglo XI en los templos, y la imitacion en sencillo diálogo de la pastoral italiana (1). Empero la muerte de Fernando el Católico en 1516, la anarquía y desórdenes que siguieron hasta la célebre batalla de Villalar (23 de abril de 1521) y el carácter guerrero y caballeresco de Carlos V, volvieron á la nobleza sus antiguas costumbres y sentimientos, y renovaron las justas y los torneos, que fueron la diversion dominante y favorita del esforzado emperador. Afortunadamente para conocimiento de esta época, nos ha conservado Sandoval en su prolija y concienzuda historia de Carlos V la relacion de varios hechos, muy útiles para saber el dominio esclusivo durante su reinado de las ideas y sentimientos caballerescos, y la escasa proteccion y adelantos del drama y la amena literatura. «Por las fiestas de navidad de este año (1517) dice Sandoval, se hicieron en Valladolid grandes regocijos, en que los caballeros cortesanos se quisieron mostrar: *Hubo justas y torneos con nuevas invenciones, y representando pasos de los libros de caballería*. En algunas destas entró el príncipe rei. Sobre todo se hizo una grande y maravillosa justa en la plaza mayor en sus caballos encubiertos con arneses de guerra, y lanzas con puntas de diamantes; y 30 contra 30 se pusieron en los puestos para encontrarse en sus hileras. Y como tocaron las chirimías y trompetas, arrancaron con tanta furia, topándose con lanzas, otros cuerpo con cuerpo, que fue negocio muy peligroso. Los mas de los caballeros cayeron en tierra y quedaron muy quebrantados, y algunos muy mal heridos. Murieron 12 caballos. Los que mas se señalaron en estas fiestas, fueron el condestable de Castilla, el condestable de Navarra, los duques de Najera, Alba, Béjar, marqués de Villena, el de Astorga, Villafranca, Aguilar, conde de Benavente, el de Ureña, el de Haro, el de Lemos,

Osorno, Oropesa, Fuensalida, los cuatro comandadores, los priores de San Juan y otros, que todos gastaron á porfía por servir al rey y mostrarse (1).» Las justas y los torneos halagaban de tal modo las inclinaciones guerreras y caballerescas de Carlos V, que á imitacion de Alfonso XI tomaba parte en los mismos como el primer caballero. «A 14 de marzo (1518) dice el mismo autor, hubo justa real en la plaza de Valladolid de 25 á 25 caballeros españoles y flamencos; que á porfía se quisieron señalar así en los trages costosos como el pelear y encuentros de las lanzas y golpes de las espadas. Cayeron muchos, fueron heridos otros, y murieron siete, que por eso dicen que este regocijo para veras es poco, y para burlas pesado..... Duraron estas fiestas desde el jueves hasta el martes de carnestolendas, en que estos y otros caballeros se mostraron. Entró el rey en una destas justas con grandísimo acompañamiento y magestad el mártres, y fué la primera vez que justó con armas. Justó contra él su caballerizo Carlos de Lauri, caballero de quien se hará larga mencion en esta historia. El aderezo que el rey sacó sobre las armas y cubiertas del caballo, era de terciopelo y raso blanco bordado, y recamado de oro y plata y sembrado de mucha pedrería, obra verdaderamente real; y rompió el rey tres lanzas en cuatro carreras, aunque le faltaban 10 dias para cumplir 18 años. Fue Carlos V singular en usar de las armas y en el aire y postura, tanto que afirman, que del aprendieron los mejores caballeros, y que en algunos regocijos de armas quiso entrar disimulado, y luego era conocido por la postura y donaire que tenia. Hubo toros, cañas y otros regocijos. Hizo banquete general á todos los señores que estaban en la corte. Hubo grandes saraos en palacio. En todo se mostró príncipe gallardo aventajándose á todos; y para mejor grandeza mandó que se pagasen los gastos, que en estas fiestas se habian hecho á su cuenta, y sumó el gasto á 40,000 ducados (2).»

F. G. MORON.

## BIOGRAFIA.

### CAÑIZARES.

El célebre autor del *Dómine Lucas*, D. José de Cañizares, ocupa en el catálogo de nuestros poetas dramáticos pertenecientes á la épo-

(1) Pueden leerse estas églogas en los *orígenes del teatro Español* del Sr. Moratin, en el *Tesoro* del mismo del Sr. Ochoa, y en la obra, *Teatro anterior á Lope de Vega*. Edicion de Hamburgo 1852.

(1) Historia de Carlos V por Sandoval: página 83. Edicion de Amberes de 1681.

(2) Página 94 de la misma historia.



ca de la decadencia del teatro, el segundo lugar, por el orden cronológico, inmediatamente despues de Candamo, á quien damos el primero. Nació en esta corte en 4 de julio de 1676 y se bautizó en 14 del mismo en la iglesia de san Martin. Fueron sus padres D. José de Cañizares y doña Gerónima Suarez de Toledo y la Caballería. Dedicóse á las musas en edad tan temprana, que de 13 á 14 años escribió la comedia de *Las cuentas del gran Capitan*, que pudiera honrar á mas de cuatro poetas dramáticos de su siglo en su edad madura. Sirvió en sus mocedades á los Reyes Carlos II y Felipe V en la carrera de las armas, en la cual llegó á obtener el empleo de teniente de capitan de caballos corazas.

Las obras dramáticas de Cañizares acreditan cuán difícil es sobresalir en varios géneros á un tiempo. Al paso que para las comedias de carácter que llamamos aun de Figuron, le habia dotado la naturaleza de un talento singular, tenia muy poco tacto para las serias. Saliendo del estilo llano y familiar, que manejaba con maestría, como conviene á las primeras, queriendo elevarse en las últimas, caia en el vicio de culto, capaz por sí solo de hacer insoportables hasta los pensamientos mas profundos. Pagó en esto el tributo al estravío del gusto de su siglo, nuncio y precursor de la decadencia á que precipitadamente corría nuestra literatura dramática.

Bien conocidas y celebradas son del público algunas de sus comedias, y aun muchas, como dice un escritor hablando de ellas, «de los representantes de su tiempo á quienes dieron, como lo dan en el día, mucho dinero.» *El Domine Lucas* hizo la celebridad y reputación de varios de nuestros actores de carácter jocoso, y entre ellos las de Querol, de reciente y grata memoria. Los señores Cubas y Guzman, príncipes de nuestra escena en este género; ¿cuántos aplausos no han recogido y recojen siempre que le representan? Pocas comedias hay, cuyos dichos graciosos, se hayan hecho tan proverbiales, ó de aplicación mas frecuente en la conversacion familiar, que en los de esta comedia. «No queda miejecutoria para papeles de especias.» «¿Qué dirá el valle de Ruesga, á donde se trae la honra colgada como venera!» ¡oh papel! ¿esto hay en tí? no te he de apartar de mi el día que hubiera truenos.» &c. &c.

La que lleva por título: *De los hechizos de amor la música es el mayor, y el Montañés en la corte*, abunda tambien en escenas graciosísimas y en sales cómicas. Pertenecen á las primeras, la del acto 2.º en que don Lain, que se habia escondido en una alacena, se come los bizcochos y los dulces que estaban preparados para el refresco, y la primera del tercer acto, cuando este mismo personaje se presenta con un brazo entrapado y

un parche en un ojo. Entre los gracejos meo rece particular atención el siguiente: saliendo don Lain á la escena, á ver que estado tenia la nómina de su capital que estaban estendiendo los dos graciosos, les dice:

*D. Lain.* Qué hay hijos? qué se hace?

*Tocino.* Escribiendo vamos.

*Toribill'o.* En los borricos estamos.

*D. Lain.* Pues á buen tiempo llegué:

Añade el que compré negro,

Bestia de gran bizarría,

Y en cuanto á fisonomía,

Pintiparado á mi suegro.

Tiene á nuestros ojos un mérito singular la descripción que hace en la comedia. *Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger*, de los medios de que se valen algunos padres para casar á sus hijas, dice así:

Hay padre tan picaron,

Que á su hija, cuando es doncella,

La cuelga, si es moza y bella,

De la percha de un balcon.

Pasa un mozo pisaverde;

Véla, y la ronda amoroso;

Hace el padre del celoso,

Sin que de serlo se acuerde:

Pidesela en casamiento,

El se enfurce y rehusa,

Por no gastar la morusa;

Pícase el mozo de atento,

Aprieta la moza mas,

El padre le dá de coees

Extiéndense aquestas voces.

Despénase el novio y zás:

Con bulla, despecho y prisa,

Vende aunque sea el rosario,

Sácala por el vicario,

Y se casan en camisa.

Piensa el yerno que se clava

El suegro, y que dá un corcobo;

Pero él responde: anda, bobo,

Que eso es lo que yo buscaba.

Compárese la sencillez y naturalidad de esta descripción con la hinchada oscuridad de las cláusulas, que á continuacion copiamos de la comedia titulada *El Picarillo en España*, en apoyo de lo que dejamos dicho acerca del tributo que pagó Cañizares al estragado gusto del culteranismo.

Señora, hasta aqui queria

Embozar la menor seña

De mí, que reviento enigma:

En mi propio, de mi propio

Las señales se complican.

Cuantas me habeis permitido

Cortesanas bizarrías

Llegaron hasta lograr



Que vuestros ojos admitan  
El ver en esos matices  
Las verdades coloridas  
Por una pasión, que imprime,  
Mejor que un pincel que pinta.  
Labrad mi suerie á la costa  
De solo ver, pues quien mira  
Tanta luz, podrá á mi incendio  
Disculparle las cenizas.

Escribió Cañizares en muchas comedias, además de las 24 de que se hizo una colección en dos tomos en 4.º Entre estas se incluye una Zarzuela, titulada: *Milagro es hallar verdad*, que puso por música D. Francisco Coradigni, y se ejecutó en el coliseo del Príncipe en el año de 1732. Escribió además un opúsculo con el título de: *España l'orosa sobre la funesta pira, el augusto mausoleo y regio túmulo &c.*, que es una relación de la honras, que se hicieron en Madrid en el convento real de la Encarnación por el Sr. Delfín de Francia, y que se imprimió en esta corte en 1711, en 4.º

Cañizares vivió 74 años, pues falleció en 4 de setiembre de 1750 en la plazuela de santo Domingo, parroquia de san Martín. Fué sepultado en el convento del Rosario de Padres dominicos. Había otorgado poder para testar en 23 de noviembre de 1747 ante el escribano real don Joaquín de Becerveiro y Quiroga, á favor de su muger doña Lorenza Álvarez de Losada Osorio y Redin, natural también de Madrid, á quien nombró testamentaria, en unión con don Pedro González Valdés y Salgado su hijastro, don Nicolás López Fonseca, de la contaduría mayor de S. M., y el licenciado don Joaquín de Zuñiga, abogado de los reales Consejos.

Aunque no hemos visto todas las sesenta y seis comedias y zarzuelas que compuso Cañizares, hemos leído la mayor parte de ellas con gusto y placer, porque no perdona ocasión de reprender y ridiculizar las preocupaciones y los vicios, que es el objeto que generalmente se propuso en sus dramas.

G. E.

## GINNASTICA

### SU UTILIDAD.

La importancia que en la antigüedad dieron casi todos los pueblos á los ejercicios ginnásticos, parecen hoy hasta fabulosa. Los fastos del Africa, del Asia y de la culta Europa hacen evidente esta verdad, y compruébala también el mundo de Colon. Los griegos y otros pueblos, á pesar de sus adelantos inmensos en

la civilización, no abandonaron esos ejercicios, tan llenos de poesía como de utilidad. Los hombres que en la Grecia honraron mas las letras no fueron los que brillaron menos en los gimnasios; y á pocos se oculta por que se dió el nombre de Platon al sublime Aristocle. Roma heredera de la civilización griega, conoció la importancia de los ejercicios de que tratamos, los adoptó con algunas diferencias, y hoy mismo, al traves de los siglos, se conservan los edificios en que se verificaban. Practicáronlos también todos los pueblos mahometanos: igual ejemplo nos dieron las naciones del Norte que se repartieron los despojos del mundo romano; y lo mismo se verificó en todos los pueblos de la edad media.

La aplicación de la pólvora á todos los usos de la guerra, la ciencia en el manejo de las armas, el culto, por decirlo así, que se dió al saber, y otras adquisiciones de la civilización, en medio de los inmensos bienes que produjeron al linaje humano, dieron lugar por desgracia á una funesta reacción. Creyóse en efecto que la fuerza material á nada conducía, y que su adquisición sobre perjudicial ó innecesaria era peligrosa y costosa. Estas ideas adquirieron una extensión tal que se descuidó, y hasta se abandonó del todo la educación física del hombre.

La reacción de que tratamos, como todas las reacciones, no podía ser duradera. Todos los pueblos cultos conocen por fin que si no es justo que se consagre todo á la educación física de los hombres, hasta el extremo de anteponerla á la educación moral, como hicieron muchos pueblos antiguos, esencialmente los americanos, no por eso es menos evidente que los beneficios que resultan de aquella son incalculables.

Que el ejercicio aumenta las fuerzas y contribuye á la conservación de la salud, es una verdad evidente. Los labradores, los marineros y cuantos individuos se dedican á la mayor parte de las artes mecánicas, son otros tantos ejemplos que pueden citarse. Mas como estos individuos en sus respectivas profesiones solo ponen en acción determinados músculos, la robustez que adquieren se limita á los miembros que ejercitan, lo que contribuye muchas veces á hacerlos imperfectos. Estos individuos además carecen casi siempre de agilidad y soltura en los movimientos, y sus fuerzas son locales y aplicables solamente á usos determinados. Aun las fuerzas que se adquieren practicando las artes mecánicas no son todo lo que deben ser, pues el trabajo si es excesivo disminuye su aumento; á lo que se agrega que los artesanos muchas veces usan de malos alimentos, no visten siempre como exige la estación, suelen carecer de buenas habitaciones, y con no poca frecuencia incurren en algunos excesos á que los arrastran la misma estenuación ó irritación que les produce el tra-



bajo, como el uso inoportuno de baños, licores y refrescos. La fuerza y sanidad, pues, que proporcionan los ejercicios mecánicos son tales que superan los obstáculos que originan ellos mismos. Algunos escritores dan al clima un poder que no tiene en la robustez de los hombres. Sus teorías no están acordes con los hechos, pues los mismos pueblos que en unas épocas presentan los hombres mas vigorosos los muestran en otras los mas débiles. Su educación, sus hábitos y sus ocupaciones sobre todo, esplican ese fenómeno. Y aunque es cierto que los individuos de los países frios ó calientes son mas fuertes que los que moran en los templados, débese esto solamente á que el rigor de las estaciones obliga á los primeros á un doble trabajo para atender á las necesidades de la vida; por manera que en último resultado el ejercicio y no el clima es el que los hace mas fuertes y robustos. Nada prueba tanto el poder del ejercicio para el desarrollo del hombre y la adquisicion de fuerzas como la educación que se dá á los niños. La naturaleza misma los impele á correr, trepar y á estar en continua accion. Pocos hombres podrian alternar con ellos en sus juegos, á lo menos por mucho tiempo. Coártese esta propension de los niños y se criarán débiles y enfermizos; permítaseles obrar con una libertad racional, y se tendrá el efecto contrario. Otro tanto se observa aun entre los animales.

La gimnástica, sujeta á reglas fijas, y que solo varían segun la constitucion de los individuos, produce mas fuerzas, en menos tiempo; y sin ningún inconveniente que todos los ejercicios mecánicos. Lejos de impedir la agilidad, la aumenta de un modo extraordinario. Las fuerzas que por ella se adquieren no están circunscritas á miembros determinados sino que los comprenden todos, por lo cual el desarrollo del hombre es igual y completo, y al paso que le fortifican le embellecen. Finalmente, al contrario de lo que sucede muchas veces con la profesion de las artes, los ejercicios de que se trata no traen consigo obstáculos que impidan la completa adquisicion y la conservacion de las fuerzas que por ellos se adquieren.

Si se cuida de la educación física de los niños, no solo se criarán mas robustos, sino que muchos de ellos serán arrebatados á la muerte, la época de la juventud será mas prolongada, serán mas sanos, su vigor y robustez serán transmitidos á su descendencia, podrán trabajar mas y por mas tiempo para sustentar sus familias, y su vida será mas larga, beneficios incalculables para los individuos considerados aisladamente, y con especialidad para el bien inmenso del aumento de la poblacion.

La analogía que existe entre la parte física y moral del hombre, es incuestionable. La idea de que la naturaleza concede á unos individuos

el talento y á otros la fuerza es absurda. A ser cierta, los hombres mas endeables y enfermizos serian los de mas entendimiento. Prescindiendo de que es mas natural que exista este don precioso en un cuerpo bien organizado que en otro que no lo sea, ya antes vimos que en Grecia y otros países los hombres mas sábios no fueron los que menos sobresalieron en los gimnasios. En todos los pueblos y en todas las épocas es un hecho que la robustez en nada se opone á la inteligencia, y nadie podrá dudar que un individuo sano y vigoroso puede emplear mas horas en el estudio y la meditacion, y por mayor tiempo que otros que sean débiles y delicados.

Si la posesion de grandes fuerzas no da valor á los individuos, es indudable por lo menos que tampoco se lo quita. El hombre que las posea se encuentra respecto de los demas en la misma posicion que si estuviese armado, y es evidente que en cualquier peligro la superioridad que le asiste debe alentar su ánimo. Lo mismo debe decirse cuando no sean las fuerzas físicas sino las armas las que hayan de decidir la victoria, pues como antes dijimos las ventajas que existen á favor del mas fuerte son de la mayor consideracion.

En el estado actual de los países la guerra es un mal inevitable. Todas las ventajas estarán siempre de parte de los combatientes que hayan aprendido la gimnástica. Si el enemigo huye le alcanzarán, en un revés burlarán su persecucion; el hambre, el frio y el calor serán para ellos menores males; en medio del combate cuando á aquel le rinda la fatiga conservarán todavia su vigor; un foso, un rio, una montaña, cuando huyan ó persigan, no serán para ellos obstáculos insuperables; podrán resistir un sitio por mas tiempo, y en una palabra, tendrán en sus manos todos los medios que aseguran el triunfo. ¿A qué otra causa pueden atribuirse las victorias de los griegos, romanos y otros pueblos contra las huestes mas numerosas? Todavía es mayor la utilidad que brinda á su país un ejército así instruido por el mal que evita que por los bienes que produce. En efecto, los otros pueblos lejos de causarle la menor incomodidad le mirarán con respeto, solicitarán su alianza, y acatarán hasta sus caprichos. ¿Por qué en cada cuerpo del ejército así como hay un capellan y un médico no habrá tambien un maestro de gimnástica? Muy útil seria á lo menos que los oficiales siempre que fuese posible asistiesen á las academias en que se enseña.

Lejos de ocasionar mal alguno los ejercicios gimnásticos, como no pocos oficios, sirven para evitar y curar muchas enfermedades, principalmente las que provienen de una constitucion débil ó de la falta de desarrollo en alguno de los miembros ó vísceras, mal mucho mas



frecuente de lo que algunos imaginan. Personas hay que por cualquier fatiga se cansan y desfallecen, y otras que al menor cambio atmosférico padecen constipados, dolores de cabeza y otros males que haciéndolas padecer mucho les impiden desempeñar sus mas precisas ocupaciones. Estas enfermedades, la excesiva gordura, la inapetencia, los dolores de estómago, la parálisis y otros muchos males solo pueden deber su curación al ejercicio bien dirigido. El andar á pie ó á caballo, el tirar las armas y otras ocupaciones, al contrario de los ejercicios gimnásticos, solo ponen en acción ciertos músculos, por lo que no son completamente á propósito para curar los espresados males; y ademas los que los sufren no siempre pueden dedicarse á ellas por el estado de su salud. Enfermedades hay que nada son en su origen, y que aumentándose insensiblemente, al fin matan al enfermo, las cuales habrian desaparecido con los ejercicios de que tratamos ó no se habrian presentado.

Casos hay en que los enfermos se curan por montar á caballo, bailar, ú otra cosa semejante que juzgan un disparate, cuando á ese remedio deben la salud, remedio que se obtiene con mas seguridad y menos esposicion por medio de la gimnástica. Innumerables son los casos que se citan de cojos, mancos, é individuos que han padecido del pecho ó luchado con otras enfermedades, no menos molestas y arraigadas, que han recobrado completamente la salud en los institutos gimnásticos. Inútil es decir que en estos establecimientos solo se dedican los enfermos á aquellos ejercicios en que pueden ocuparse sin riesgo alguno, los que se van variando y aumentando á proporcion que el paciente se cura y vigoriza.

Tales son las principales ventajas que ofrece la gimnástica: no aludimos á otras porque seria estendernos demasiado, y porque algunas de ellas se deducen de lo que hemos espuesto. Esta capital carecia de un establecimiento tan útil; pero al Sr. Aguilera y á sus dignos sócios estaba reservada la gloria de crearlo. Aunque el indicado instituto no contiene todas las máquinas y aparatos de que debe estar provisto, hay en él los mas importantes, los que ademas van aumentándose cada dia. En él se enseñan la gimnástica propiamente dicha, los ejercicios de Hércules, los de Clonw y algunos otros tanto ecuestres como pedestres, la equitacion y el manejo de las armas. Las primeras clases están á cargo del señor Aguilera cuyo talento, fuerza disposicion solo son comparables á la eficacia y esmero que emplea en la instruccion y adelanto de los discípulos: muy jóven todavia, sus fuerzas y maestría no son inferiores á las de ninguno de los Alcides que se han presentado en el circo y teatro de esta córte. Sobre ser sorprendentes sus fuerzas parecen inagotables, y á su continuo es-

tudio ha debido algunos descubrimientos y adelantos en las artes á que se dedica. La clase de equitacion está desempeñada por el señor Cristino, quien honra con sus conocimientos á su maestro el señor Iglesias, y que con el mejor éxito ha cultivado otros estudios. A su talento ha debido la invencion de un bocado sumamente sencillo, que tiene 79 modificaciones, y que es superior á cuantos se han conocido hasta ahora. Finalmente, las clases de florete y sable las desempeña el señor Castellanos, cuya pericia en la ciencia de su profesion no necesita de nuestros encomios por ser muy conocida en esta córte, y aplaudida por todos los inteligentes y comprofesores.

Nos damos la enhorabuena de que Madrid posea un instituto que tanto le honra, y al trazar estos renglones no nos anima otro deseo que el de contribuir á popularizar las grandes utilidades que puede proporcionarnos. Persuadidos de ellas, quisiéramos que los militares, los estudiantes y los escolares concurriesen á sus clases, que á ejemplo de Madrid se creasen iguales institutos en todas las provincias, y que recordando lo que á ellos debieron los griegos y otros pueblos nos aprovechásemos de sus beneficios.

A.

## REVISTA DE LOS TEATROS.

Con varia y diversa fortuna se han estrenado dos producciones dramáticas en el teatro del Príncipe, escritas ambas por autores de mérito no comun, y que gozan de bien merecido renombre en la república de las letras. *Matilde á un tiempo dama y esposa*, obra del señor Gil y Zárate, terminó con una espontánea salva de aplausos, *La Morisca de Alajuar*, comedia del señor duque de Rivas, descendió al sepulcro al compás de furiosos y desacordes silbidos. Sentemos nuestra opinion siempre humilde cuando versa sobre las obras de aventajados ingenios.

*Matilde* es un drama en que el señor Zárate se ha propuesto poner en escena á un personaje modelo de honradez y de amor paternal, á una jóven apasionada, pero honesta, aunque pasa á los ojos de todos por dama del rey Guillermo; lo que dá ocasion á que Sifredo la maldiga, cayendo despues en un profundo delirio: en vano intenta Matilde persuadirle de su inocencia: el espíritu del infeliz anciano vaga entre las imágenes de su deshonra: su trastornado juicio solo alcanza ideas que mancillan su nobleza, y en un rapto de cólera rasga el papel que le presenta su desolada hija, y destruye de este modo la única prueba del matrimonio secreto de Matilde con el



monarca de Sicilia: á los gritos de la joven acude la princesa Constanza, su rival, y se apodera de uno de los pedazos del papel en ocasion que Sifredo lo aplica á la luz para que su llama lo consuma: de este accidente se aprovecha Constanza en daño de Matilde, cuya perdicion procura: sorprenden á Guillermo; éste la autoriza para que dé las órdenes que juzgue convenientes, y en virtud de la primera que espide sale Lotario con una copa de veneno que ofrece á Matilde: por último triunfa la inocencia, y Guillermo obliga á Constanza á que se postre de hinojos ante Matilde, dándole el título de reina. Tal es en bosquejo el vasto argumento del drama del señor Gil, sembrado de bellísimas situaciones dramáticas y escrito en armoniosos versos. Sifredo es la figura colosal del drama, el rey Guillermo la mas diminuta, tal vez es un lunar en obra tan excelente lo débil que se muestra todo un soberano de Sicilia, y lo apático que aparece al oír los insultos de un vasallo, mucho mas cuando son inmerecidos. Por lo demas el interés del drama crece gradualmente, como lo prueba su buen éxito: no obstante la desigualdad de su ejecucion. Matilde Diez estuvo infinita: Romea desempeñó un papel inferior á sus fuerzas. Luna se estrelló en uno superior á las suyas. Ya en el primer acto advertimos algo de desentono y observamos que el carácter descrito por el poeta no era el que ejecutaba el actor: su salida en el tercer acto vino á corroborar nuestro juicio. Sifredo, al volver triunfante de cien lides, y al creer impresa en su venerable frente una marca de vergüenza por la mano de su hija, lucha con el amor que la profesa, y en tan terrible combate la arroja su primera maldicion, hija del pesar y no del convencimiento, de la cabeza y no del corazon; maldicion que hiere con el mismo filo al que la lanza que al que la recibe, que trastorna el juicio del infeliz anciano dejándole solo el confuso recuerdo de su deshonor. Tal es en nuestro sentir el carácter concebido por el señor Gil y Zárate: al señor Luna no le pareció lo mismo, ó por lo menos su voz, su fisonomía y sus ademanes estaban en absoluta contradiccion con sus pensamientos: comprendimos que era padre por la sencilla razon de que tenia una hija: averiguamos que estaba loco porque nos lo dijeron y porque ya teníamos nuestras sospechas desde su primera salida. El público demostró á las claras su descontento, y el drama no hubiera llegado á salvamento sin el firme apoyo de la señora Diez, flor de nuestros teatros, que parecia imposible fuese hija de tal padre: solo ella pudo convertir en bonanza la tempestad que amenazaba en galeras y lunetas. Basta de análisis, y concluyamos dando al señor Luna dos consejos: si adopta el segundo no tiene para que aprovecharse del primero. El actor debe amoldarse al gusto y á

las exigencias del público: si hace algunos años le agradaban las exajeraciones monstruosas, en el dia apetece la naturalidad: nunca el actor debe escederse, y vale mas se le tache de frio que caer en el ridículo. Hasta aquí el primero. Cuando un actor conoce que el público no tiene para con él las mismas simpatías que en otro tiempo, debe evitar que se marchiten en corto espacio laureles adquiridos á costa de muchos afanes y vigiliass: no debe dar motivo á que los reveses actuales borren la memoria de los triunfos pasados. Hasta aquí el segundo. Siga el señor Luna el que mas le plazca: si menosprecia ambos, los autores dramáticos se verán obligados á suprimir escenas de mérito, como lo ha hecho el señor Gil, reduciendo á su mas mínima expresion la última del tercer acto de *Matilde*.

De la *Morisca de Alajuar* poco nos ocurre que decir: no es produccion digna de una pluma tan acreditada como la del duque de Rivas; mas tampoco la consideramos merecedora de tan dura suerte como le ha cabido. Todos los actores, y con especialidad el señor Romea, hicieron cuanto estuvo de su parte para sacar airoso al poeta: sus esfuerzos fueron inútiles: descontento el público desde los primeros actos, no hizo alto en escenas á que nada puede pedirse, como es aquella en que el gefe de la conjuracion reparte á los conjurados sus respectivos papeles. Por inapelable que sea el fallo del público, lo consideramos como un insignificante revés para un nombre que tantos títulos tiene al distinguido lugar que ocupa entre nuestros primeros literatos: los capitanes de mas nombradía han visto alguna vez sus huesos en derrota.

Una congestion cerebral que acometió al señor Latorre en la tarde del 22, impidió que se estrenara la comedia titulada *Rivera ó la fortuna en la prision*, para solemnizar la venida del regente del reino: representóse en su lugar el *Pelo de la Dehesa*: se cantó un himno, cuya letra es del señor Hartzembusch, se leyeron poesías de los señores Rubi y Principe; y se formó con todo una funcion variada y amena: estuvo iluminado el teatro sin que hubiese vacía una sola localidad. El regente del reino asistió á la mayor parte de la fiesta.

Se ha repetido en estos últimos dias *Cada cual con su razon*; drama del señor Zorrilla; desempeñando el señor Mate con la perfeccion que tanto le acredita, el papel de Felipe IV que estrenó el señor Luna. Con extraordinaria aceptacion se representó en la tarde del domingo el *Rico hombre de Alcalá*, comedia que anda en manos de todos, y que nunca se aplaudirá lo bastante.

A. FERRER.



## TEATRO DE LA CRUZ.

## IL TEMPLARIO.

Pocos habrá entre nuestros lectores, que no hayan leído el mejor episodio de la mejor novela de Walter Scott. Para esos pocos no bastaría el simple resumen que podríamos hacer aquí, si tratásemos de explicar el argumento del *Templario*, y los demás nos agradecerán que nos fiemos de su memoria, dándolo por sabido. Los amores de *Rebeca*, á quien no ama *Ivanhoe*, enamorado de *lady Rowenna*, y los de *Briand-de-Bois*, á quien *Rebeca* aborrece; el enojo convertido en ternura de *Cedric el Sajon*, la reconciliación de este con su desheredado hijo, y el casamiento de *Wilfrido y Rowenna*; y en fin, el juicio de Dios de que sale absuelta la judía por la muerte del *Templario*: todo eso, confesados y coros de doncellas, pueblo, templarios y soldados, forma el drama que ha versificado el señor *Girólamo Marini* y puesto en música el maestro *Nicolai*.

Que esa acción es eminentemente dramática en la novela, nadie lo negará; que abunda en situaciones teatrales es indisputable: que los caracteres están variados con maestría también es cierto: y que no hay personaje en la tragedia del *Templario* que no se gane al cabo nuestra simpatía, es hecho que atestiguará con sus sentimientos cualquiera que haya leído tan hermosas páginas. Mas ¿por qué nos mueve menos la música que la lectura, siendo tan lírico el asunto? ¿Por qué *Il Templario* no ha tenido mejor suerte en Viena que en Milan, en Bolonia que en Madrid? Sin duda en el *Templario* como en el *Proscritto* la variedad misma de las ideas ha sofocado la imaginación del compositor. El embate continuo de las pasiones fuertes, el tránsito violento de un afecto á otro, la ruda sinceridad de tiempos que se recuerdan con deleite, eran sobrado peso para el joven maestro, que parecía nacido para espresar los sentimientos dulces y la gravedad de la poesía religiosa. Faltábale á Nicolai estudio práctico. La nueva escuela lírica de Italia requiere una exactitud de relaciones entre la voz y el corazón, entre los instrumentos y la inteligencia que la hace tan severa en el día como lo es la escuela música alemana. *Bellini*, *Donizetti*, *Mercadante*, aunque por rumbos diferentes, nos han acostumbrado á ver ajustadas hasta las mas espontáneas inspiraciones á la verdad local, á ese individualismo que es la vida de las creaciones románticas en la música como en las otras artes sus hermanas. Nicolai no tuvo tiempo para corregir los defectos de que sus primeras composiciones adolecen. Su escasez de conocimientos lo llevan á valerse, con harto perjuicio de su propia originalidad,

de los recursos de la memoria. Por ese abuso de reminiscencias que degeneran en plagios, lo han motejado los italianos de pobre, y los alemanes lo acusan de «haber sacrificado á los falsos dioses estrangeros su verdadera vocación.» En efecto, Nicolai carece de erudición, y sin embargo su *Salve Regina*, nos revela un compositor que habria podido señalarse en el género sagrado. Como artista lírico, Nicolai no ha sentido jamás una inspiración elevada ó profunda: le ha sido necesario *templarse*, y á veces no ha salido de sus apuros sino llamando en su favor frases enteras de otros compositores, sirviendo de ejemplo la plegaria misma que canta *Rebeca* delante de la hoguera que la va á devorar, si *Briand* vence á *Ivanhoe*. Así las óperas de Nicolai, como las de otros compositores modernos, mas se asemejan á conciertos ó misceláneas de piezas varias que á obras homogéneas y cabales.

Sin embargo, gracias al tino del compositor, el *Templario* no fué recibido á su aparición ni ahora se oye con desagrado. Cuando los actores á quienes se confía su desempeño lo representan con calor y habilidad, el público asiste á él contento y se retira satisfecho. Los coros segundo y tercero del primer acto son de una melodía sencilla si, pero deliciosa. El alegre del aria de *Rowenna* en el mismo acto, aunque reminiscencia pura de una cantilena ó *lied* de las montañas del Tirol, tiene mucha gracia, y la señora Lombia la dice bien. El aria de entrada de *Rebeca* está escrita con soltura y lozanía, y se presta á la voz y al método de la señora *Pirelli*, que cada noche se acredita mas con ella. El nocturno es bellísimo. El duo de la judía y el templario es acaso con el final lo que se halla en toda la obra de mejor, y los señores *Miralls* y *Unanue* con la *prima donna* hubieran recibido muchos mas aplausos, si hubieran cantado ó en otro teatro ó en otros tiempos, en que no se tenía por de buen gusto el mostrarse descontento, á fuer de inteligente ó ya gastado.

El tenor *Unanue* ha hecho valer la parte de *Wilfrido*, modulando su voz con tanto acierto, que cada noche parece que hace nuevos adelantos. En el final nos arrebató en la última representación. Si no es tan admirable como lo deseáramos, por la gloria de nuestro país, á lo menos, conmueve, y eso es algo; lo demás vendrá con el tiempo y el estudio; que aun le quedan muchos años para cantar, sin oírse decir: ¡Retírate, *fortunate senex*! como suele repetirse á muchas glorias que se apagan en la escena entre talegos de oro.

En cuanto al protagonista, creemos que el público no lo ha alentado como merecía. *Miralls* canta con exactitud el aria coreada del primer acto, y en el duo con *Rebeca* del segundo nos ha parecido muy oportuno é inteligente. Es verdad que para conocer el mérito



to de ese trozo, se necesita estudiarlo, y es mas cómodo dejarse arrullar dulcemente que aplaudir ó criticar. Por nuestra parte felicitamos sinceramente al señor *Miralls*, y le aconsejamos que no tome por indiferencia ó desaprobacion lo que ahora es moda. Los aplausos son para otro lugar: ya lo sabe el señor *Miralls*.

La parte de *Cedric* no es principal, pero es importante, y en las piezas de concierto cumple con ella el señor *Reguer*.

De los demas actores nada diremos, porque solo podrán alcanzarles los elogios que ya hemos dado y volvemos á dar á los coros. El de los jayanes que acompañan al buen tiemplario nos ha parecido excelente, á pesar de aquellas túnicas mas hebreas que sajonas, por mas sucios que los sajones fueran, y aun mirando los birretes con que la empresa los abriga, para evitar sin duda que se resfrien. Las doncellas sacan bien, sobre todo, su primer coro. Solo si desearíamos que si *Isaac*, ó como se llame, es de carne, que ¡por David! deje de remedar los santos viejos que se ven en los portales de las iglesias antiguas. El turco mas turco no podría contener la risa, cuando en la postura inmóvil en que se planta, abre y cierra los brazos como si devanara.

*Rebeca* ha sido la hija mejorada de *Nicolai*, y la señora *Perelli* gana sucesivamente en nuestro humilde juicio, interpretando los afectos de un corazon de fuego, como el que dió Scott á la enamorada hebrea. Sea seguridad ó cualquiera otro motivo, su canto es mas lleno y su garganta mas dócil. Nos abstenemos de dar nuestra opinion, porque al hablar de una artista, la ligereza de la critica puede mirarse como falta trascendental. Aguardamos á oirla en otra particion, y entonces habremos completado nuestro estudio.

Lo que sin embargo podemos ya decir de esta actriz, no es tan poco que no baste para dar de ella alguna idea á nuestros lectores. La naturaleza la ha dotado de prendas, cuya falta no se suple á veces ni aun con el mas improbo trabajo. Su estatura, sin ser de la elevacion que acaso requiera la tragedia, entra en las dimensiones de esa mediania que favorece al actor para todo papel: mas alta que la *Pasta* y menos que la malograda hija de nuestro *García*, tan bien representa á *Rebeca* como representaria á *Semiramis*. No hay afecto á cuya expresion no pueda amoldarse su rostro. Aquellos ojos, cuya mirada lanza rayos y derrite, no explican el amor, sino lo inspiran, y al mismo tiempo ¡con qué desden se apartan del infeliz *Templario* que se postra á sus plantas! ¡Qué resolucion hay en ellos, qué valentia cuando corre á precipitarse por la ventana del castillo! No hay duda en que la voz de una cantora vibra con doble fuerza en el corazon cuando tiene por acompañamiento unos ojos... asi... como los de...

TOMO II, 1.<sup>a</sup> SERIE, ENTREGA 7.<sup>a</sup>

la señora *Perelli*. Y aun posee otra cosa que no perjudica á los efectos del canto. Mas de uno ha admirado su blanca y transparente dentadura; aunque la frecuencia con que hace de ella gala dá cierto sesgo á su semblante, que no cuadra mucho á la magestad del rostro. Nada perderá, y ganará infinito la señora *Perelli* en escasearnos un poco la vista de sus muelas. Entre dejar columbrar lo que nuestros clásicos llamaban *perlas de l'Ofir*, al cantar las glorias de la *Todi*, y enseñar los colmillos hasta la raíz, como diria, ó como dice, un amigo nuestro, hay una série de modificaciones que nuestras lindas españolas saben emplear con oportunidad y maña.

De la escuela dramática de la nueva cantora podíamos tambien decir algo; pero entrariamos en el exámen de la declamacion italiana: exámen que nos entretendria mucho, y fastidiaria á nuestros lectores, por no venir ahora al caso. La señora *Perelli* tal vez moderará la *excentricidad* de sus gestos, si deseando agradar al público español, estudia nuestro gusto, que está por la templanza y la correccion en las bellas artes.

Al ir á completar nuestra lista con la señora *Lombia*, su nombre nos ha recordado una solemnidad, que puede considerarse como el acontecimiento lírico de la quincena. La funcion del 23 nos proporcionó el gusto de ver, antes de lo que esperábamos, al señor *Salas*, en su inimitable creacion de *Sancho Panza*, de ese admirable personaje de nuestro *Cervantes* que *Mercadante* no ha comprendido, pero que *Salas* sabe corregir con su método, su inteligencia, su habilidad cómica y su gracia. El señor *Ojeda* hizo su reaparicion tambien con el papel de *Camacho* que con tanto tino ha sabido reproducir.

Cierra la quincena con el concierto del Liceo, que no es de nuestra competencia, por ahora; y poco pierde el público en que nuestra opinion se difiera, ó en que jamás la emitamos. El círculo interesado en hablar ó en oír hablar de *Rubini*, se basta y se sobra, para colmarlo de honores á él, y aun colmarse á si mismo. Ello es cierto que muchos se preguntan ¿si no habrá algo mas que justifique las alabanzas que se han prodigado al tenor bergamesco? Y como háy gentes que se cuidan mucho de lo que pensarán los extranjeros de nuestra sensatez proverbial, dicen: que comprenden que el rey de Dinamarca reciba en su palacio á *Litz*, ó el de Prusia sienta á su mesa á *Mayer-Beer*, que son dos *compositores* que dejarán algo en el surco de la vida; pero no se les alcanza que la reina de las Españas vaya, porque la lleven, al Liceo, á oír, por suscripcion, á un cantor que cualquiera ha tenido en su casa, en París y en Londres, por media docena de onzas. Confesamos que somos de ese dictámen, y nada diríamos, si esto no nos tocara á todos; pues



por lo demás cada uno hace de su capa un sayo. El entusiasmo que ahora escita *Rubini* en cierto grupo de un corro del círculo en que lo escita, sin que fuera de allí nadie sepa quizás que está en Madrid el célebre artista don Juan Bautista Rubini, nos recuerda el que exitó *Pasini*, con la diferencia de que entonces todavía se trazaba un gran lindero entre las honras y los obsequios, y entre las recompensas y el salario.

\*\*\*

## POESIAS.

### TODAVIA AMORES.

CANCION DE BERANGER.

«Todos los dioses de la edad florida  
A solas me dejaron con mis años,  
Sin la esperanza para mi querida  
De que cierran mis ojos sus engaños»  
Dijo, y súbito dulce encantadora  
Llega, y su voz cautiva mis sentidos  
¡Ah! ¡Todavía otra beldad traidora!  
Aún todos los amores no son idos.

Si: aun es acaso manantial de pena;  
Mas fatigame ya tanto reposo:  
Cuando joven, sujeto á mi cadena  
Entre desdichas palpité gozoso.  
¡Ah! los cielos me envían reina bella:  
Me vuelven los cantos ya perdidos:  
Rosa de otoño esponjate para ella.  
Aún todos los amores no son idos.

Aún lágrimas encierra mi pupila:  
Aún murmura mi voz cántico tierno.  
¡Cantos y amor! pues la beldad destila  
Lumbre que inflama al mortecino invierno.  
Todo sonríe: flores con mas galas,  
Días mas puros, cielos mas lucidos,  
Surcan vientos mas dulces leves alas,  
Aún todos los amores no son idos.

A. FERRER DEL RIO.

### DEVANEOS.

¿Quien á mis sienes el letal beleño  
roba, y su encanto á la callada noche?  
¿Quien arranca á mis párpados el sueño  
y á mi mente arrebató la ilusión?  
Blanca y aérea, arrebolada nube  
retrátase en la sombra cristalina,

y envuelve entre sus formas, argentina,  
blanca, purpúrea y celestial vision.

Tal vez de dulce encanto la memoria  
deslizándose entre plácidos destellos,  
hace flotar al aire sus cabellos  
y el áureo manto que ondear se vé.

Vaporosa vision que por la mente  
entre sus sueños lánguida resbala,  
y siéntese pasar tranquilamente  
bañando el pecho de esperanza y fe.

Un recuerdo no mas, vago y sin formas  
que derrama dulcísima armonía,  
y en los aires fragancia y ambrosía  
y contento en el alma juvenil.

Como pasan en óptica ilusoria  
por fantástico prisma los colores,  
de las nacientes matizadas flores  
del prado ameno en el risueño abril.

Hermosa imagen de gentil talante  
forjada en sueños de apacible calma,  
hondamente retrátase en el alma  
virgen sin mancha en su primer amor.

Brotan las flores al sentir su aliento  
y es su aliento mas puro que las flores,  
y las auras que en plácidos amores  
mecen jugando la encendida flor.

Ciego en los valles, la vision hermosa  
y la nube del céfiro mecida  
seguí sin alas, sin aliento y vida  
hasta su rico espléndido dosel.

Del pecho apenas su latir suave  
bajo el crespon delgado se entrevia,  
y al trono del placer se parecia,  
la paz reinando y la inocencia en él.

Así del hondo corazon los senos.  
donde la vista á penetrar no alcanza,  
se bañan en dulcísima esperanza  
bajo un velo de gasa, aroma y tu;

Y vá la vida rápida corriendo  
brotando engaños por calmar su anhelo,  
como aparecen del tendido cielo  
mundos de plata en su bruñido azul.

Cuantas veces el Sol en el ocaso  
de sus brillantes luces en alarde,  
moribundo en los brazos de la tarde  
las altísimas cumbres coronó;

Desde lejos mi sombra iluminando  
el luto de la noche me envolvía,  
y un rayo tibio que hasta mi venía  
el llanto en mis mejillas enjugó.



Y allí tu imagen, y en mi pecho siempre  
como un áscua encendida me abrasaba,  
y el fuego por mis venas circulaba  
jurando, hermosa, amarte hasta morir.

Y tu labio de rosa delicado  
lejos del corazón en varios giros  
dando paso á los perdidos suspiros  
entonces pudo á su placer mentir.

Y esperé y te adoraba, en tí creía,  
en tí cifré mi dicha y mi ventura,  
y á tu fe y á tu amor siendo perjura,  
maldije mi esperanza y mi ilusión.

Que esa ilusión en mis amantes años  
fue para mí de encantos adornada,  
la túnica fatal, envenenada,  
con que Alcides potente se envolvió.

De las nacientes perfumadas flores  
una corona rodeé á mis sienas,  
y al furor de aquilón en sus vaivenes  
una tras otra deshojada vi.

Las punzantes espigas me quedaron  
clavadas en mi frente, porque el viento  
llevó las hojas, y dejó el tormento  
que yo no alcanzo á separar de aquí.

Ay! con su corazón soberbio el hombre  
la idea ensancha, y su ilusión aumenta,  
despreciando la horripilante tormenta  
y burlando la recia tempestad.

Señor del mundo se juzgó algún día  
y audaz cruzó los irritados mares,  
y profano en el pie de los altares  
un trono levantó su sanidad.

Allí de incienso vagarosa nube  
que por do quiera el ámbito rodea  
á su orgullo magnífica preseña  
tiende ufano la vista en derredor.

Y débil ente de miserias lleno  
cuando en su nada se elevó engreído  
como el humo cayó desvanecido  
y una tumba al pasar le recibió.

Ya todo es noche y silenciosa calma:  
Oh! si tornase al mundo una vez muerte  
aunque un abismo ante sus pies abierto  
midiera con sus ojos al pasar!

¿Donde el orgullo?— por gozar un día  
aunque rasgase de ilusión el manto,  
aunque al buscar el postrimer encanto  
tropezase en la fría realidad!

Lejos de mí las pasajeras glorias,  
lejos huid, visiones naecaradas,  
rayos de las auroras sonrosadas,  
que las nubes empañan al lucir.

Sol que iluminas con ardientes rayos  
y quemas y das vida á un tiempo mismo;  
Oh! ¿quién alcanza si en el hondo abismo  
algún día también has de morir?

Y entonces esa luna, cuya lumbré  
pálida brilla y con tu luz se afrenta,  
en medio de la noche turbulenta  
de antorcha funeral te servirá.

Y luego hundida, y en el caos profundo  
también se apagarán sus luces bellas,  
y su corte de espléndidas estrellas  
en pavesas el viento arrastrará.

¿Y quién entonces ilumina el caos  
y del deshecho mundo la alta cumbre,  
y esa bóveda azul, rica techumbre  
que Dios omnipotente se creó?

Triste presente nuestra amarga vida  
donde solo inmortal la muerte hallamos,  
y donde eterno á conocer llegamos  
la muerte que al sepulcro nos ató.

Vuélveme ¡oh noche! ministeriosa el sueño  
y el tranquilo reposo que he perdido,  
tu negro pabellón miro tendido  
tachonado de ráfagas de luz.

Todo es silencio, y magestad, y calma  
ante la esencia de tu sombra inerte,  
y duda el corazón si es noche ó muerte  
para mí, ó para el mundo el ataúd.

Vén, ven, ¡oh noche! y mi ilusión dorada  
engaño hermoso que seguí engreído  
á un vano pensamiento reducido  
á turbar mi quietud no vuelva mas.

Que en el triste camino de la vida  
sin goces que alimente mis deseos,  
para calmar mis locos devaneos  
ven, sueño, y no me dejes despertar.

A. AMAT.

## VARIEDADES.

### NOVELA DE PIETRO ANGELO FLORENTINO.

#### EL CASAMIENTO IMPREVISTO.

#### II.

#### EL TEMPLO.

Mientras duró la bendición fué de notar que  
el príncipe de Avelino, uno de los mas ilus-  
tres caballeros del reino, contemplaba á la jó-  
ven con una espresion singular. Lorenzo Ca-



racciolo, príncipe de Avelino, había superado á los 25 años las listas de todos los don Juanes conocidos. Las jóvenes á la moda decían pestes de él y le adoraban en secreto: las más virtuosas se limitaban á evitarle, tan imposible parecía la resistencia. Respecto á los jóvenes calaveras, le habían elegido unánimemente por modelo, pues sus triunfos estorbaban el sueño á infinitos Milciades, y con más razón. Para formarse, con una sola palabra, idea de este dichoso personaje, bastará saber que era en materia de seducción lo más perfecto que supo inventar el diablo en el siglo más diabólico que haya existido.

Iba el príncipe embutido, por la ceremonia en un traje harto grotesco, que llevaba con cierta gravedad irónica y cierta desenvoltura caballeresca: una casaca de seda negra, calzon corto, media bordada y zapato con lazo de oro formaban la parte esencial de su vestido. Encima de todo arrastraba un largo ropage de brocado con ferro de armiño y mangas flotantes, y una magnífica espada con la empuñadura de diamantes. Por un insigne privilegio concedido á su rango llevaba una de las seis varas doradas que sostenían el paño, enriquecido con plumas y bordados.

Luego que volvió á caminar la procesion, Lorenzo de Avelino lanzó una mirada de soslayo á un hombrucillo, colorado como un cangrejo, que le seguía muy de cerca llevando en la mano el sombrero de su esclencia con toda la solemnidad de que era capaz: serviale de escudero, llevaba galones en todas las costuras de su vestido, y su rostro ofrecía una extraña mezcla de astucia y honradez, de humildad y de insolencia.

Llamábase Rinaldo y había nacido de padres tan pobres como ruines en su conducta, lo cual fué causa de que quedara huérfano, siendo aun muy niño. Libre de sus ocupaciones estudió la vida bajo un punto de vista eminentemente social. Si hemos de creer á cierto sábio de la antigüedad venimos todos al mundo para resolver un problema: Rinaldo aspiraba á vivir sin hacer nada, tal era su problema. Pedir limosna era en su concepto un trabajo demasiado duro, y costaba más afanes ser bandido que hombre de bien. Echadas todas sus cuentas se decidió por la filosofía contemplativa. Profesaba ardiente cariño á la postura horizontal, y disfrutaba el mayor placer del mundo en ver como hilaban las estrellas. Por desdicha de meditaciones en meditaciones estuvo un día el bueno del hombre á pique de morir de hambre, y en verdad que fuera lástima porque ya se iba acostumbrando á no probar bocado.

No obstante, Dios le miró con ojos de elegancia y le envió en su ayuda, no uno de sus ángeles, sino un perro de la jauría de Avelino. El noble animal olfateó al filósofo y dió un li-

gero gruñido caritativo, que hubiera honrado á sus cofrades del monte San Bernardo. El príncipe que volvía victorioso de su caza, y que había experimentado aquel día la doble ventura de matar á un oso y de abandonar á una condesa; tuvo la extraña mania de hacer una obra de misericordia: se acercó al villano, próximo á ser cadáver, removió con el pie aquel bulto, y advirtiéndole que aun daba señales de vida, mandó á sus criados que le condujeran á su casa.

Desde este día vió Rinaldo realizados hasta cierto punto los sueños de su vida. Algo más que lazo y algo menos que mayordomo llegó á servir de confidente á su amo, quien sacó el mayor provecho de sus disposiciones, porque Rinaldo tenía mucho de demonio y era astuto como una muger. El príncipe, que, á fuer de hombre de luces sabía que el genio es indolente por naturaleza, se limitaba á pedirle consejos, reservándose el manejo de las más arriesgadas aventuras, tarea en la que ciertamente valía por dos.

A pesar de todo, como nada hay completo en el mundo, sufría Rinaldo pésimos momentos en aquella vida de delicias: pánicos terrores, que divertían á su amo, llegaban con frecuencia á alterar su felicidad: tartamudeaba voces sin concierto, sofocaba violentísimos suspiros y perdía el apetito de repente. En el fondo tenía el buen hombre miedo de condenarse; y nada más sencillo: en primer lugar todo le infundía miedo; y en segundo le habían predicado diversas veces que el diablo no dejaba un instante de solaz á los que tenían la desventura de caer en sus garras.

Hallábase Rinaldo en uno de esos instantes de arrepentimiento cuando el príncipe, después de haber contemplado á la joven con la feroz codicia de un buitre pronto á descender sobre su presa, se encaró con su íntimo consejero para dirigirle la palabra. El pobre escudero comprendió el intento abominable de su señor, y rehusando hacerse cómplice de una conversacion sacrilega, abrió desmesuradamente los ojos y paseó por el cielo sus estáticas miradas. Tosió el príncipe, le tocó con el pie, le dió con la espada en las piernas sin poder conseguir la más leve señal de atención, tan absorto iba Rinaldo en sus pensamientos celestes. Lorenzo le hubiera retorcido el pescuezo á no tener ocupadas ambas manos con la vara del pálido y á no hallarse presente el rey y el mismo Dios.

En esto como pasasen por las celosías de un convento cayó un ramillete á los pies del príncipe Avelino.

—Rinaldo, coje ese ramillete, dijo el príncipe alzando su voz lo bastante para que su criado no pudiese alegar excusas. Es de la hermana Angélica, añadió suspirando: ya no se encuentra fidelidad sino en los conventos.



Cogió Rinaldo el ramillete y se acercó á su amo en guisa de hombre á quien aprietan el gáznate.

—Y bien ¿á qué altura nos hallamos? preguntó el príncipe en voz baja.

—¿De qué, monseñor?

—¡Por Cristo que cualquiera entendería que no sabes dar razon de lo que te se pregunta, execrable bribon! ¿No me prometiste que en el curso de la procesion promoverias un tumulto para robar á esa jóven?

—Imposible, señor escelentísimo: nos han descubierto: he visto rodar siniestras figuras en torno de la casa de María Rosa: su padre ha dado la señal de alerta: la mayor parte de los tunos con quienes yo contaba, se hallan presos y sin duda habrá notado su escelencia el terrible aparato de *feroci* que ha desplegado la policía.

—Miserable, añadió el príncipe mordiendo los labios, si me has vendido, lo cual será para mí una bagatela, te juro que no han de faltarme ocasion ni medios para mandar que te cuelguen de los balcones de mi palacio.

—¡Monseñor! repuso el criado en ademan hipócrita; podeis suponerme capaz de tanta perfidia, de tan negra ingratitud! ¿A mí que os debo la vida, el reposo y la comodidad!

—Pues bien, necesito esa jóven antes de la noche.

—¡Oh, Dios mío! Advertid, escelentísimo señor, que hay en Nápoles infinitas jóvenes mas hermosas y que tendrian á mucha honra arrojarse á vuestros pies. Tengo un presentimiento, y los presentimientos me han acosado de continuo. Esa jóven ha de ser fatal para nosotros: su padre es un maldito vendedor de ostras que descende de Masaneillo.

—Aun cuando descendiera de Satanás, por línea recta es preciso que esa jóven se halle antes de la noche en mi aldea de Pausilipa.

—Por piedad, señor, medita en la salvacion de vuestra alma, en la vida eterna.

—Te aconsejo que pienses tu en tu vida temporal...

Calló el príncipe, porque acababa de traspasar el umbral de la iglesia de santa Clara, última estacion en que el rey debía seguir á la comitiva. A los dos lados de la gran nave se habian elevado varias tribunas donde ostentaban las damas de palacio sus mas ricos adornos. Tomó asiento el rey sobre su trono, rodeado de los principales caballeros de la corte, y el cardenal arzobispo, despues de haber colocado la custodia en el altar mayor, celebró los oficios divinos que oyeron todos con ferviente devocion.

Su eminencia, despues del *Ite Missa est*, en vez de volverse hácia el altar, cruzó los brazos como si se preparase á pronunciar una plática. Sobrevino un profundo silencio y todos los ojos se fijaron en el venerable prelado: fijó los su-

yos el cardenal en el grupo de jóvenes que habian ido delante de la procesion derramando flores, y estaban de rodillas en un corto trecho reservado á la izquierda del coro. Luego que buscó por breve espacio una entre aquellas cabezas tan jóvenes y tan gallardas dijo con voz alta y sonora:

—María Rosa, hija de Tonio el pescador, acereaos:

Al oir pronunciar su nombre, que causó general sorpresa, se levantó sonrojada la jóven, mas no tuvo fuerza bastante para dar un solo paso, y notando que llamaba la atencion de tanta gente, iba á caer al suelo sin sentido, cuando dos lindas damas, que parecia hallarse iniciadas en el secreto de lo que iba á suceder, asieron dulcemente su mano para conducirla al pie del altar. El arzobispo la tranquilizó con una sonrisa llena de benevolencia, y volviéndose hácia el sitio donde estaban de pie los caballeros y altos funcionarios de la corona, añadió en el mismo tono firme y solemne.

—Lorenzo Caracciolo, príncipe de Avelino, venid y poneos de rodillas junto á esa jóven.

Se estremeció el príncipe y en lugar de obedecer tan singular mandato miró al rey, que permanecia inmóvil, fruncidas las cejas y sombría la frente. Inmediatamente se pusieron dos ayudantes de campo del rey á derecha é izquierda del jóven seductor: y como tenia traza de resistirse, le señalaron por medio de un gesto, que no admitia réplica, el sitio donde debía arrodillarse.

Entretanto no cesaron las damas de hablar al oido de la jóven, que abría sus ojos como asombrada, y que prometia maquinalmente responder lo que acababan de sugerirla.

—María Rosa, hija de Tonio; ¿quereis por vuestro esposo legítimo al príncipe de Avelino? dijo el arzobispo á la infeliz vendedora de ostras.

—Si, monseñor, murmuró la jóven con débil y moribunda voz.

—Y vos, Lorenzo Caracciolo, príncipe de Avelino, ¿quereis por vuestra esposa legítima á María Rosa, hija de Tonio? vuelto en sí el príncipe de su primera turbacion se levantó palideciendo de cólera, y exclamó con voz conmovida:

—No es posible llevar mas allá semejante burla: soy víctima de una trama infernal, y si se olvidasen hasta ese punto los privilegios de la nobleza napolitana en presencia de toda la corte.....

Interrumpióle súbito el arzobispo lanzándole una severa mirada.

—Acercáos, señor canceller del reino, añadió en voz alta: y leed al descendiente de los Caracciolos una página de la historia de su familia, de que parece haberse olvidado; tal es la voluntad de S. M. el Rey que se halla presente.



Inclinó el Rey su cabeza en señal de asentimiento, y el gran canciller se colocó frente al trono con un libro en la mano y leyó el pasaje siguiente.

—«Por este tiempo su alteza la regente Isabel de Aragon, enternecida por las quejas de un pobre calabrés, cuya hija había sido secuestrada por el príncipe Antonello Caracciolo, «y queriendo que siguiese su acción la justicia, «mandó ante todo demoler cuantos edificios «perteneían á las diversas ramas de esta ilustre familia, á fin de que entregasen al culpable.»

Todos los Caracciolos que asistían á aquella lectura se miraron con espanto. El canciller sin apartar los ojos del libro prosiguió en esta forma.

«Entonces se levantó un patíbulo en la plaza del Mercado: allí mandaron que se pos-trasen de hinojos el príncipe y la joven seducida; cerca del altar se veía un tajo, al lado del sacerdote estaba un verdugo. Antonello «dotó á su novia y la puso en el dedo el anillo nupcial. Recibióle el sacerdote su juramento y con la misma voz que había bendecido á los esposos entonó el oficio de difuntos. «Un instante después rodaba la cabeza del seductor á los pies de su víctima. Lanzó la joven un agudo grito y cayó sin sentido. Se esforzó el sacerdote en levantarla, mas... había muerto.»

—Me desposaré, repuso vivamente Lorenzo, aterrado por advertencia tan horrible.

—No basta eso, repuso el arzobispo, es necesario que doteis á vuestra novia.

—La doy mis propiedades de Basilicata como regalo de boda.

Tomó acta el canciller de aquella donación y se consumó la ceremonia en el mas profundo silencio.

—Ahora, añadió el prelado, no olvidéis príncipe de Avelino, que vuestra cabeza responde de la felicidad de esta joven.

Desde el principio de esta escena había permanecido Rinaldo agachado bajo el arco del sepulcro del Rey Roberto, no atreviéndose á levantar los ojos para fijarlos en su amo, y temblando todos los miembros de su cuerpo. Luego que desfiló la comitiva en el mismo orden que había traído, trató el escudero del príncipe de escurrirse sin que nadie lo advirtiese; mas en el momento en que se deslizaba fuera de la iglesia, una tosca mano le dió un áspero golpe sobre el hombro y un capitán de guardias le dijo con ronca voz:

—Conmigo teneis que haberoslas, buena pieza: casado ya vuestro amo, puede pasarse sin vuestros eminentes servicios, cuya recompensa vais á recibir en un parage que conviene de seguro á vuestra afición por el trabajo.... en las galeras.

—Estoy en un templo, exclamó Rinaldo re-

trocediendo con presteza, y el templo es un asilo inviolable.

—Sea en buen hora, repuso el capitán; pero os advierto que el templo está cercado y que no saldréis de él sino para trasladaros al punto á los calabozos de la Vicaría.

Jamás saldré del templo, respondió el escudero con voz triunfante. Dios en su infinita bondad acaba de inspirarme una idea súbita; se me ha rebelado mi vocación y estoy resuelto á tomar el hábito de monje.

Mientras el príncipe vivió no se atrevió á reconvenir á su esposa: solamente en la serie de retratos de la galería de Avelino se nota un cuadro vacío donde brilla por su ausencia la imagen de la linda vendedora de ostras, como el retrato de Marino Faliero en el palacio ducal de Venecia.

## TEATROS DE LAS PROVINCIAS.

Se han representado en los teatros de Barcelona las producciones siguientes. En el teatro nuevo la Estrella de oro y Juan Dandólo. En el liceo, Marino Faliero, ópera: ¡Qué hombre tan amable! la Redoma encantada, el Vaso de Agua y el Castillo de san Alberto. En el Principal, el Mercader Flamenco, el Templario, los Puritanos, la Muda de Portici, el casamiento sin amor, el Convidado de Piedra, y Lucrecia Borgia. En esta ópera verificó su primera salida la señora Brambilla. Todos los periódicos de aquella capital dicen unánimes que fué colmada de aplausos, que su voz toca al corazón, que su figura es esbelta, animada su fisonomía y esquisito su gusto para los trajes, y concluyen presagiando para la joven actriz una carrera sembrada de laureles.

En Sevilla se han cantado Lucia de Lamermoor, Gemma de Vergy, Marino Faliero, el Solitario y Guillermo Tell. Hablando de la ejecución de este, dice un diario de aquella ciudad que se advirtió generalmente cierto esmero por la buena dirección del señor Schilla: elogia muy particularmente á la señora Barilli y á los señores Santarelli y Balestracci, este último fué llamado á las tablas y sumamente aplaudido. De las decoraciones, dice que no produjeron el efecto que se esperaba: califica de mala la que representa unas ruinas, tiene por algo mejor la del mercado: en la que ofrece en perspectiva uno de los cantones de Suiza, bañado por un lago, encuentra las aguas duras y sin movimiento, y por repentina la aparición de los nubarrones: por último, considera como mediano el último punto de vista pintado á modo de neorama.

En Palma de Mallorca se han puesto en escena, Un hombre de bien, Chiton, comedia



del teatro francés, Clotilde, Doña Mancia, á beneficio de la primera actriz de aquel teatro, y Hacerse amar con Peluca á beneficio del primer actor.

En Cádiz se han ejecutado el Tasso, Quien calla otorga, el Mercader Flamenco, María Estuarda, los Polvos de la madre Celestina, Edipo, Una Ausencia, El sastre de Londres y Dios los cria y ellos se juntan.

El Templario ha obtenido en Valencia un éxito brillante: así se explica la Tribuna respecto de esta ópera que goza entre nosotros los honores de la moda.

Entre las óperas que la actual compañía italiana ha ejecutado con mas satisfaccion pública, es sin disputa *El Templario*, composicion del Sr. Ottone Nicolai. El entusiasmo que habia acompañado su representacion en Italia y últimamente en Barcelona, aseguró desde luego su triunfo en el teatro de esta capital y nuestras esperanzas han sido colmadas. El argumento es sencillo pero heroico, y su partitura un brillante rasgo de una imaginacion poética, joven, entusiasta y creadora. Llena de armonia, de motivos, y de un delirio filarmónico; esta ópera semejante á la *Parisina*, derrama suavidad, melancolia y ese gusto indefinible que distingue al tan célebre cuanto amable Donizetti. Seria difícil analizar detenidamente las bellezas del *Templario*, porque arrebatada nuestra alma por la armonia de sus duos, de los finales, en particular el del primer acto, y la suavidad de sus coros, conocimos y sentimos toda la estension de una ópera, que podemos llamar de tono, fde lujo creada para les poetas. La cavatina del primer acto, obra del joven maestro director y compositor de este teatro, señor Calixto Guatelli, cantada por el señor Rodda, lejos de formar un lunar en la ópera, apenas se distingue del gusto dominante de toda la composicion. El señor Guatelli ha conocido la inspiracion de Nicolai en su brillante concepcion, y le tributamos nuestro sincero y bien merecido elogio, atreviéndonos á presagiarle llegará un dia en que recogerá los laureles debidos al génio y á la aplicación. El ária de tiple con su magnifico, armonioso y á la par sentimental alegro, ha producido furor, y el público prodigó infinitos aplausos repetidas veces. El final del primer acto es uno de los de aquellos éstasis filarmónicos que dominan el alma y la transportan á una region espiritual y desconocida. El ária de bajo, aunque de difícil ejecucion, está dotada de un gusto nuevo, que no puede oírse sin conmocion y sin entusiasmo. En suma, toda la ópera es una produccion digna de un gran maestro, profundamente conocedor de aquellas armonías que impresionan de un modo mágico y lleno de verdad.

La ejecucion no ha sido menos brillante, siendo colmados de aplausos los actores, no

pudiendo menos de hacer particular mencion del señor Corradi-Setti, quien ademas de su estensa cuanto dulce voz, desplegó una maestría que le honra mucho, y por lo que el público coronó sus fatigas con crecidos y numerosos aplausos, justo tributo á su brillante mérito. Finalmente, la exactitud en los trages, el aparato escénico, la direccion de escena confiada todo al tan inteligente cuanto infatigable señor Carraro, así como la orquesta, han dado al *Templario* un nuevo triunfo, y han producido unos vivos deseos de ver repetida con frecuencia esta brillante creacion del Sr. Nicolai

## CORRESPONDENCIA ESTRANGERA.

Paris 20 de noviembre.

(Correspondencia particular.)

Los señores Villalta y Salas y Quiroga han llegado á esta capital, y asistido á la comida que para celebrar los dias de S. M. la Reina doña Isabel II, dió ayer el señor Olózaga á varios patriotas que se hallan en Paris.

Se habla de la publicacion de un periódico español en ésta, y aun se designan como redactores al señor Salas y Quiroga, y al señor Peral. Un periódico verdaderamente liberal en esta corte, fuera muy oportuno porque pondria de manifiesto las tendencias y necesidades de España, sobre lo que hay aquí tan absoluta ignorancia, y haria variar la opinion de muchos: por lo que nos lisongearíamos de que estas voces tomen consistencia. El señor Peral marcha á Madrid donde le llaman por el momento sus asuntos particulares, y es de sentir que los desgraciados acontecimientos que últimamente han afligido á España hayan impedido continuar allá por ahora las diligencias para llevar á cabo el proyecto de trasladar los restos del célebre Moratin á su patria, único objeto que trajo á aquel á ésta.

## MADRID 1.º DE DICIEMBRE.

*Rivera ó la fortuna en la prision*, se estrenará el viernes próximo: aun no bien restablecido de su enfermedad el señor Latorre, no puede desempeñar el papel de que estaba encargado para esta comedia, y le suplirá el señor Mate.

Damos á la empresa del teatro de la Cruz el para-bien por el pensamiento de poner en



escena el *Solitario del monte Salvage*, ópera de don Hilarion Estéba, que ha sido aplaudida con entusiasmo en las muchas representaciones que de ella se han dado en Cádiz y Sevilla. El autor, que se halla á la sazón en Madrid, ha añadido una romanza para la señora Perelli y un aria para el señor Reguer: hemos oído encomiar su mérito, el de la ópera lo conocemos ya por haber tenido el gusto de asistir á la primera de sus representaciones. Creemos que cuando el público la oiga, se persuadirá si no lo está, de que el genio músico no es propiedad esclusiva de italianos y alemanes.

Vá á ponerse en escena una ópera bufa titulada *la Reina de Golconda*: los que la conocen la califican de excelente.

Un poeta siempre aplaudido del público escribe una pieza en un acto que deberá estrenarse en el día de Nochebuena á beneficio de los actores.

El día 8 de diciembre se entrenará en el teatro del Príncipe, á beneficio de doña Carmen Corcuera, un drama titulado *el Angel de la Guarda*, traducido del francés.

También se estrenará el día 15 otro drama titulado *la Loca*, á beneficio de doña Carlota Coronel. Interés, enredo, animadas situaciones, dialogo bien sostenido forman en este drama un conjunto de bellezas, que el público sabrá apreciar en su justo valor: si hubiéramos de determinar la traducción de mas mérito entre las que se han ejecutado en el Príncipe en el año actual, no dudariamos en dar la preferencia á *la Loca*. Esta y el *Angel de la Guarda*, están vertidos á nuestro idioma, por un joven hábil en esta clase de trabajos, y que se ha distinguido constantemente por su acierto en la eleccion de las producciones francesas que podian trasladarse á nuestra escena con probabilidades de buen éxito.

Tenemos entendido que á fines de esta semana saldrá para el Haya el señor Espronceda á desempeñar la secretaría de aquella embajada. Nos deja como grato recuerdo un nuevo canto de su poema *El Diablo mundo*, y confiamos en que consagre sus ratos de ocio á dar cumplido término á una obra comenzada bajo tan brillantes auspicios.

## ANUNCIOS.

### FEBRERO,

O librería de jueces, abogados y escribanos, comprensiva de los códigos civil, criminal y administrativo, tanto en la parte teórica como en la práctica, con arreglo en un todo á la legislación hoy vigente. Por los señores don Florencio García Goyena y don Joaquin Aguirre. 6.<sup>a</sup> entrega.

### CODIGO DE COMERCIO.

Estractado, con la esplicacion al pie de cada artículo de los fundamentos de sus disposiciones y con la solución de las dificultades y principales cuestiones que presenta el texto. Obra dedicada á los cursantes de leyes y á todas las personas que ejercen el comercio. Por un abogado de los tribunales nacionales. Un tomo en 8.<sup>o</sup> marquilla 52 rs. rústica.

### PRINCIPIOS

DE

### FILOSOFIA MORAL.

Escritos en inglés por William Paley, modificados y adoptados al estudio de los españoles, por el presbitero don Juan Díez de Baera, catedrático de filosofía moral y fundamentos de religion en el colegio de la calle del Duque de Alba de Madrid. Acompañan los fundamentos de Religion por el mismo catedrático. Un tomo 8.<sup>o</sup> marquilla á 20 rs. rústica.

### CURSO DE DERECHO NATURAL.

O de filosofía del Derecho, formado con arreglo al estado de esta ciencia en Alemania, por Ahrens, traducido y aumentado con notas y una tabla analítica de materias por orden alfabético, por don Ruperto Navarro Zamorano, abogado del ilustre colegio de Madrid, individuo de la sociedad económica matritense, y de otras corporaciones científicas y literarias de la Corte. Dos tomos el 8.<sup>o</sup> marquilla á 50 rs. rústica.

### ELEMENTO

De la ciencia de la estadística. Por A. P. F. de Sampaio, socio de la Academia real de ciencias de Lisboa, traducidas al castellano, por don Vicente Díez Canseco. Un cuaderno en 16.<sup>o</sup> Su precio 4 rs. rústica.